Menfis; la sucesión de los cuatro grandes imperios, *Asirio, Medo, Griego, Romano,* que debían preparar el reinado del Mesías.

La realización de estas profecías, así como los numerosos milagros que hicieron estos hombres de Dios para probar su misión, son también una prueba luminosa de la divinidad de la religión mosaica.

107. P. ***¿Qué es lo más notable que predijeron los profetas acerca del Mesías?***

R. Los profetas predijeron, con mucha anticipación, el origen del Mesías; — la época de su venida; — su nacimiento de una virgen en Belén; — sus milagros, su pasión, su muerte, su resurrección; — la reprobación de los judíos, la vocación de los gentiles, el establecimiento y la perpetuidad de la Iglesia.

Las profecías relacionadas con el Mesías llámanse *mesiánicas.*

Según las *promesas* hechas por Dios a los patriarcas, el Mesías debía nacer de la raza de Abrahán, de Isaac, de Jacob, de la tribu de Judá y de la familia de David.

Moisés, 1.500 años antes de Jesucristo, manifiesta la misión del Mesías, ordenando al pueblo judío que escuche al *nuevo legislador* que Dios le enviará.

1.050 años antes de Jesucristo, *David* canta en sus *Salmos* la venida del Redentor, sus sufrimientos, su muerte, su resurrección, su imperio eterno.

Desde el año 700 al 400 antes de Jesucristo, se suceden los otros profetas, que, a su vez, van añadiendo otros rasgos a la figura del Mesías.

— *Isaías* predice su nacimiento milagroso de una virgen; describe su vida, sus milagros, su pasión, su reino, con una riqueza tal de pormenores, que su libro se llama, con razón, el *quinto Evangelio.*

— *Jeremías* profetiza los sufrimientos del Salvador y el establecimiento de su Iglesia.

— *Ezequiel* describe con pintorescas imágenes el reino glorioso del Mesías y sus triunfos.

— *Daniel* fija en setenta semanas de años (490 años), la duración de la expectación del Mesías, a partir de la vuelta de la cautividad de Babilonia.

— *Ageo* anuncia que el Mesías visitará el segundo templo de Jerusalén, construido por Zorobabel.

— *Miqueas* indica el lugar de su nacimiento, Belén.

— *Zacarías* predice el género de muerte que ha de sufrir.

— *Malaquías*, el último de los profetas, anuncia que los sacrificios de la nueva ley, ofrecidos hasta entonces únicamente en el templo de Jerusalén, serán reemplazados por una oblación completamente pura, que se ofrecerá en todos los lugares y en todos los pueblos.

Dios se complació en trazar, en el Antiguo Testamento, el retrato del Mesías, de tal manera que, cuando apareció en la tierra, pudo ser reconocido sin dificultad. *Promesas, profecías, figuras*, nos lo hacen conocer gradualmente: la una termina lo que la primera ha empezado, de suerte que la precisión y la claridad van siempre aumentando y preparan insensiblemente al mundo para recibir a su Redentor.

108. P. *La expectación de un Mesías ¿fue exclusiva del pueblo judío?*

R. No; la expectación de un Mesías era común a todos los pueblos del universo. Todas las naciones *recordaban* una gran falta cometida desde el principio, y *esperaban* la reparación mediante un futuro *Libertador.*

Este hecho es tan cierto, que hasta los enemigos de la religión se ven obligados a confesar que, en la época del nacimiento de Jesucristo, el universo entero esperaba un gran *Mediador*, que debía renovar la edad de oro sobre la tierra, librarla del dominio del mal y restituir a los hombres la paz y la felicidad.

Esta expectación universal no puede tener su razón de ser sino una *promesa primitiva* mantenida por las *profecías* y cuyos ecos habían llegado hasta las naciones más diversas. Todas las miradas estaban fijas en la Judea, que se había convertido en *«el polo de la esperanza de todos los pueblos»*.

Fuera del pueblo judío, esta esperanza de un Redentor hallábase desfigurada por la ignorancia o las pasiones, y cada pueblo se forjaba una idea distinta de este Libertador, conforme al propio modo de ser; pero en todas partes, en Oriente como en Occidente, se esperaba un personaje extraordinario que debía reinar sobre el mundo y restablecer en él la justicia.

1.° **En Occidente.** — He aquí lo que se lee en dos historiadores romanos, *Tácito* y *Suetonio: «Era universal la creencia en antiguas profecías, según las cuales el Oriente iba a prevalecer y de la Judea saldrían los señores del mundo»* (1).

«*Todo el Oriente,* dice Suetonio, *resonaba con la antigua y constante opinión de que el destino había decretado que, en esta época, la Judea daría señores al universo»* (2).

El gran poeta de Roma, Virgilio intérprete de la expectación general, cantaba, en una égloga, la próxima llegada del *Niño bendito*, que debía devolver la edad de oro a la tierra.

— Cicerón afirma la misma tradición, atribuyéndola a los oráculos de las Sibilas.

En la *Galia*, sus antiguos pobladores adoraban, en los bosques sagrados, una virgen de que debía nacer un hijo esperado de mucho tiempo atrás. Esta tradición está confirmada por los altares descubiertos en Chartres, en Châlonsur—Marne, en 1833, con esta inscripción: *Virgini pariturae Druides*: los Druidas a la Virgen Madre.

En *Grecia*, Platón pone en boca de Sócrates estas sorprendentes palabras: «Hay que esperar que alguien venga a instruirnos acerca de la manera cómo debemos portarnos con los dioses y con los hombres.» Alcibíades responde: «Tengo un deseo ardiente de conocer a ese personaje... venga, pues, y cuando haya venido, haremos nuestros ofrecimientos a Dios» (3)

2.° **En Oriente.** —Entre los *persas*, se lee en el *Zend—Avesta*, escrito por *Zoroastro*, 600 años antes de Jesucristo, que un me-

(1) TÁCITO, *Hist.*, 1. V, núm. 13.

(2) *In. Vespas.*, núm. 4.

(3) II Diálogo de Alcibíades.

diador llamado *Mithra* interviene entre *Ormuzd*, Dios criador, y el hombre culpable; ese mediador viene para destruir el imperio de *Ahrimán*, el espíritu del mal.

La *China*, en los tiempos de Confucio, 500 años antes de Jesucristo, alimenta las mismas esperanzas; y los *Kings*, libros sagrados de la nación, dicen que el Libertador esperado vendrá de Occidente.

La *India*, con sus encarnaciones milenarias de *Wischnú*, habla como la China y la Persia: en narración de los *Vedas*, la parábola del *hijo pródigo*, no es más que la alegoría del mundo esperando un Salvador.

3.º **Los incrédulos modernos** que han estudiado las tradiciones antiguas, se ven obligados a convenir en que todos los pueblos esperaban un doctor, un sabio, un conquistador, un Dios.

«De tiempo inmemorial existía entre los indios y los chinos la creencia de que el Sabio vendría de Occidente. La Europa, al contrario, decía que el Sabio vendría de Oriente.»

— (VOLTAIRE.)

Otro gran incrédulo escribe: «Las tradiciones sagradas y mitológicas de tiempos remotos habían esparcido por todas partes la creencia en un gran mediador que tenía que venir, de un Salvador futuro, rey, Dios, conquistador y legislador, que devolvería a la tierra la edad de oro y libertaría a los hombres del imperio del mal.» (VOLNEY.)

CONCLUSIÓN.— La expectación del Mesías no era, pues, exclusiva de los judíos: todos los pueblos antiguos tenían las mismas tradiciones; con razón los profetas llaman al Mesías del **Deseado de la naciones**. Esta creencia, extraña y universal, prueba de una manera evidente el hecho de la revelación primitiva. — Lo que se debe notar también es que, después de la venida de Jesucristo, todos los pueblos han dejado de esperar al Mesías, circunstancia que nos induce a concluir: o que todos los pueblos se engañaron esperando un Libertador, o bien que nuestro Señor Jesucristo es realmente el Mesías prometido por los profetas y esperado por las naciones.

109. P. ***¿Por qué Dios demoró tanto el envío del Mesías?***

R. Dios esperó cuarenta siglos antes de enviar el Mesías a la tierra, porque tal era su santísima voluntad: Él es dueño de sus dones y libre en su dispensación. Los secretos de la sabiduría divina son insondables.

Santo Tomás da varias razones de esta demora:

1.º Para *humillar* al hombre, que había pecado por orgullo. Esta prolongada expectación le hizo conocer toda la extensión de su miseria y comprender la necesidad de un Libertador.

2.º Para *preparar la venida* del Mesías y atraer gradualmente a los hombre al misterio de la Redención. ¿No era necesaria una larga serie de milagros para disponerlos a creer en el más grande de todos: la *Encarnación del Hijo de Dios...?*

Sin embargo, los que vivían antes de la llegada del Redentor podían salvarse por los méritos del mismo. No tenían sino tres cosas que hacer: *a)* conocer, amar y servir a Dios; *b)* observar la ley natural; *c)* creer en el Mesías prometido y esperar en su ayuda. Así, desde el momento de su caída pudo el hombre aprovecharse de los beneficios de la futura Redención.

1.º Como el hombre hubiera pecado por orgullo, Dios lo abandona a sí mismo por un cierto tiempo, a fin de que reconozca la propia miseria. Sabemos muy bien en qué ignorancia y en qué desórdenes cayó el género humano durante los siglos que precedieron a la llegada del Mesías. Era menester que el hombre conociera por experiencia propia que *sólo Dios* podía salvarle, puesto que todos los esfuerzos de los filósofos y de los sabios de la tierra no habían podido sacarle del doble abismo de la *ignorancia* y de la *corrupción* en que había caído.

2.º En el orden de la gracia, como en el de la naturaleza, todo se hace suavemente y por grados. Jesucristo es el sol del mundo espiritual; y el sol se anuncia por una *gradación* de luz que prepara nuestros ojos para sostener su deslumbrante brillo. Del mismo modo, Dios, teniendo en cuenta la debilidad humana, la condujo gradualmente al misterio de la Redención. Con este fin multiplicó, durante muchos siglos, los *milagros* y las *profecías* relativos al hecho más grande de la historia: la *Encarnación*

de su divino Hijo. Los hechos de la vida del Redentor han sido *prometidos, figurados, predichos y preparados...*

3.º Esta demora, empero, no sirvió de obstáculo a la salvación de las generaciones que vivieron antes de la llegada del Salvador. Él murió por todos los hombres sin excepción, y los efectos de la Redención se extienden a todos los siglos. Los que vivieron antes de su llegada pudieron salvarse creyendo en Él, por lo menos con una *fe implícita:* Dios le aplicaba, anticipadamente, los méritos satisfactorios de su Hijo encarnado (1).

110. P. ***¿Cuánto tiempo duró la religión mosaica?***

R. La religión mosaica duró unos mil quinientos años aproximadamente.

Tenía por objeto preparar los pueblos para la llegada del Mesías, y debía ser abrogada entonces.

Fue reemplazada por una tercera religión, más perfecta que las dos primeras: la *religión cristiana.*

N.B.— La parte *dogmática y moral* de la religión mosaica, ese conjunto de verdades y preceptos que constituyen la *religión natural* y *primitiva*, no podía ser abrogada, porque está fundada sobre las relaciones esenciales que unen a los hombres entre sí y con su Creador.

Pero la *parte positiva,* el conjunto de las leyes *rituales* y *civiles,* es decir , lo que constituía propiamente la religión mosaica, no se refería más que a los judíos, y debía desaparecer a la llegada del Mesías.

1.º **La ley mosaica debía ser abrogada.**— Muchas profecías del antiguo Testamento anunciaban: *a)* la abolición de los sacrificios de la ley mosaica, como también la del sacerdocio levítico; *b)* el *establecimiento* de un sacerdocio y de un sacrificio nuevos. Pues bien, la abolición del *sacerdocio* y del *sacrificio* antiguos era la abolición de la ley misma, de la que eran partes esenciales.

(1) SANTO TOMÁS, 3.*, q. 1, 5, y 2.* 2.**, q. 2,7.

— Los profetas habían predicho: *a)* la destrucción de la ciudad y del templo de Jerusalén; *b)* la reprobación del pueblo judío; *c)* la vocación de los gentiles a la verdadera religión. Todo lo cual anunciaba que la ley mosaica, *dada exclusivamente a los judíos*, sería abolida un día.

— Según los profetas, el Mesías debía ser un legislador como Moisés, dar una *ley nueva,* pactar con los hombres una *nueva alianza,* destinada a comprender todas la naciones y a durar hasta el fin de los siglos. Ahora bien, una ley nueva abroga la antigua, como un testamento nuevo anula los anteriores; luego el judaísmo, según sus propias enseñanzas, no debía durar sino hasta la llegada del Mesías.

2.° **La ley mosaica ha sido abrogada hace mucho tiempo.—** La religión mosaica hace del *sacrificio* el punto capital del culto de los judíos: les prohibe ofrecerlo fuera del *templo* de Jerusalén; reserva las *funciones sacerdotales* a la familia de Aarón. Pues bien, hace casi *dos mil años* que el templo de Jerusalén está destruido, las genealogías confundidas, y el sacerdocio no puede ser restablecido en la tribu de Leví. No pueden, por consiguiente, los judíos cumplir las prescripciones esenciales de su culto.

La interrupción es más larga que la misma duración del Mosaísmo.

Entonces, una de dos: o Dios pide un imposible a los judíos, o su ley ha sido abrogada. Jamás los acontecimientos han suministrado una demostración más clara.

La religión mosaica era *profética* y *figurativa:* prefiguraba el reino del Mesías. Los antiguos doctores judíos admitían a la letra el principio sentado por San Pablo: «*Todo lo que les acontecía a los hebreos eran otras tantas figuras de lo por venir.*» Ahora bien, las figuras se desvanecen con la llegada de aquel que las realiza; las sombras pasajeras de la antigua ley debían ceder el puesto a la realidad de la ley nueva. Por consiguiente, el judaísmo fue abolido por la fundación del cristianismo.

II. La revelación cristiana

111. P. ***¿Qué es la religión cristiana?***

R. Es la religión fundada por Jesucristo.

Los cristianos reconocen a Jesús de Nazaret, hijo de la Virgen María, como al *Mesías* esperado por todos los pueblos, y le adoran como a **Hijo de Dios hecho hombre.**

Jesucristo estableció en Judea la religión cristiana, hace veinte siglos, y la hizo propagar por sus apóstoles en todas partes del globo.

La palabra hebrea *Mesías* tiene la misma significación que la palabra *Cristo,* de la lengua griega: quiere decir *ungido* o *sagrado.* Entre los hebreos se consagraban los reyes, los sacerdotes y los profetas. El Redentor prometido en el paraíso terrenal fue llamado *Mesías,* porque debía ser por excelencia *Rey, Sacerdote y Profeta.* — El nombre de **Jesús**, que significa **Salvador**, fue traído del cielo por el arcángel Gabriel, encargado de anunciar a María la encarnación del Hijo de Dios. A este nombre divino unieron los apóstoles el de *Cristo,* y la Iglesia católica ha conservado la costumbre de llamar **Jesucristo** a Aquel a quien reconoce por *Mesías* y *Salvador* del género humano. Se le añade *Nuestro Señor,* es decir, *Nuestro Dueño,* porque nos ha creado y redimido.

NARRACIÓN HISTÓRICA DE LA REVELACIÓN CRISTIANA

Para conocer la historia de la revelación cristiana hay que leer la *Historia Sagrada* y la *Historia de la Iglesia.* Nada más interesante ni más útil. Recordaremos aquí los hechos principales de la vida de nuestro Señor Jesucristo.

La expectación universal. — Todos los profetas habían anunciado al *Mesías* como el *Salvador* del género humano. Pero antes de su llegada, era necesario que el hombre caído reconociera su impotencia para levantarse sin el auxilio de Dios. Ahora bien, después de 4.000 años de existencia, y no obstante las dos

primeras revelaciones, el mundo había caído miserablemente en la ignorancia religiosa y en el fango del paganismo.

El mundo pagano había llegado al apogeo de la *grandeza material.* Grecia e Italia habían dado al mundo hombres ilustres: oradores, poetas, filósofos, capitanes. El imperio romano, el más vasto que haya existido, presentaba el espectáculo de un lujo inaudito.

Al contrario, *la religión y las costumbres* se hallaban en la más completa decadencia. El sol, la luna, los animales y las plantas eran objeto de adoración; se rendía culto al demonio bajo los nombres de las mil divinidades del Olimpo. *Todo era Dios, excepto Dios mismo.* Únicamente la nación judía proclamaba la *unidad de Dios* y se negaba a adorar la criatura. — La opresión era universal: el esclavo temblaba en presencia de su amo; la esposa y los hijos en presencia del padre; el ciudadano ante el Estado. La corrupción era profunda, incurable.

Entre los mismo judíos, privados hacía más de 400 años de la enseñanza infalible de los profetas, todo se desmonoraba. Habían caído bajo la dominación de los romanos, que les impusieron un rey extranjero, el idumeo Herodes. Los fariseos alteraban la ley mosaica e introducían una infinidad de prácticas inútiles, a fin de tener subyugado al pueblo.

El mundo, en este estado, suspiraba por la llegada del Redentor. No solamente en Judea, sino en todas las partes del universo, el sentimiento unánime era que el Mesías no podía tardar más en traer la luz, la salvación y la vida.

La venida del Cristo. — Por fin, en la hora señalada por los profetas, cuando el cetro había salido de la tribu de Judá, bajo el reinado de Herodes, apareció el *Salvador prometido,* el *Deseado de las naciones.* Según las profecías, tuvo por madre a una virgen, la **Virgen María,** de la sangre real de David. Nació pobre, abandonado, en un establo de Belén, a la media noche del 25 de diciembre.— Pero los ángeles cantaron sobre la cuna de este niño: *Gloria in excelsis Deo!...* y los pastores acudieron a adorarle.— Una *estrella extraordinaria* brilló en el firmamento y guió a los Magos de Oriente, que le ofre-

cieron *oro, incienso y mirra,* para reconocerle como su Rey, su Dios y su Redentor.

Con el nacimiento de Jesucristo empezó la era cristiana. En ese día el *primero de los tiempos nuevos,* César Augusto, el emperador romano, señor del rey Herodes, hubiera quedado muy sorprendido al saber que en sus registros, en un pequeño pueblo de la Judea, sus oficiales iban a escribir un **nombre** más grande que el suyo; que el establo de Belén sería más venerado que el palacio de los Césares; que el reino del **pobre Niño** del pesebre superaría en extensión a su inmenso imperio, y que, finalmente, el género humano, prosternado a las plantas de este Niño, contaría sus años, no ya desde la fundación de Roma, sino desde el **Nacimiento de Cristo Redentor.** Este solo hecho prueba la divinidad de Jesucristo.

Vida oculta en Nazaret.— Jesús permaneció en *Nazaret,* pequeña localidad de Galilea, hasta la edad de treinta años. Acerca de tan largo espacio de tiempo, el Evangelio no dice más que estas dos frases: «*Estaba sujeto a María y a José. — Mostraba cada vez más la gracia y la sabiduría que moraban en Él.*» La tradición nos enseña que ayudaba a su padre adoptivo, José, en su humilde trabajo de carpintero. Los primeros cristianos mostraban los yugos y los arados hechos por el divino obrero. — (San Justino).

¿Por qué estos treinta años de vida oculta?

— Jesús quiso enseñarnos los grandes deberes del hombre: la *humildad,* la *obediencia,* el *trabajo,* el *amor a la vida obscura,* el *olvido de sí mismo* y el *desprecio de las riquezas.* El orgullo y la ambición habían perdido al hombre; la humildad y la obediencia debían salvarle.

Jesucristo, con su ejemplo, rehabilita el *trabajo manual,* tan despreciado de los paganos, que lo dejaban a los esclavos. A través de los siglos, los obreros hallarán su título de nobleza en el taller de Nazaret, cerca de **Jesús obrero.** En

Nazaret, como en el Calvario, Jesús se muestra el verdadero Salvador del mundo.

Preludio de la vida pública de Jesucristo. — Cuando los antiguos reyes recorrían sus provincias, iban precedidos por *heraldos*, que anunciaban su llegada y preparaban los caminos por donde había de pasar el cortejo real. Dios había predicho por sus profetas que el *Mesías* tendría un *precursor* que anunciara su llegada. «*Yo enviaré*, dijo a Malaquías, *un mensajero que me prepare los caminos; e inmediatamente después aparecerá en el templo el Dominador que vosotros esperáis, el Ángel de la alianza que deseáis*» (Mal. III, 1).

El año 15 del reinado de Tiberio, siendo gobernador de la Judea Poncio Pilato, y Herodes de la Galilea, se vio aparecer a orillas del Jordán a un profeta extraordinario: era **Juan Bautista.** Niño milagroso, nacido de Zacarías y de Isabel, prima de María, Madre de Jesús, se había preparado para su misión con una vida austera en el desierto. A la edad de treinta años se presenta, mandado por el cielo, a predicar el advenimiento del reino de Dios. *Bautiza* en las aguas del río a los pecadores, y por tal razón el pueblo le apellida *Bautista.*

Las muchedumbres acuden a escuchar a este profeta; y se preguntan si no es él el Mesías.— «*No, les contesta, yo no soy el Cristo, pero vendrá bien pronto en pos de mí Aquel a quien no soy digno de desatar las correas de su calzado. Él os bautizará en el Espíritu Santo*» (Mc. I, 7 y 8).

Hacía seis meses que Juan Bautista anunciaba a los judíos la próxima llegada del Mesías. El 6 de enero, **Jesús**, después de cumplir treinta años, salió de Nazaret y vino a pedir el bautismo a su precursor. Cuando salió del agua, el cielo se abrió, el Espíritu Santo descendió, en forma de paloma, sobre la cabeza de Jesús, y se oyó una voz que decía: «*Éste es mi Hijo amado, en quien tengo todas mis complacencias*» (Mt. III, 16 y 17). Era la manifestación del misterio de las Trinidad.

Jesús se retira al desierto para prepararse a cumplir su misión con cuarenta días de ayuno y de oración. Durante este tiem-

po, Juan Bautista lo anuncia a Israel. Declara a los enviados de la sinagoga. «*Yo no soy sino la voz anunciada por el profeta Isaías... Pero entre vosotros está uno a quien no conocéis: ¡El es el Cristo, el Hijo de Dios!*» (Jn. I, 23 y 26).

Algunos días más tarde, Juan le vio venir del desierto y le rindió homenaje, diciendo al pueblo: «¡*He ahí el Cordero de Dios, he ahí el que quita los pecados del mundo!... Yo no le conocía, pero he visto descender al Espíritu Santo sobre Él, y os aseguro que es el Hijo de Dios*» (Jn. I, 29, 31 y 32). De esta manera, pues, Jesús de Nazaret era mostrado a los judíos como el Mesías esperado y como el Hijo de Dios.

Predicación del Evangelio. — Saliendo del desierto, Jesús penetra en la Galilea y empieza a predicar el *Evangelio* o la *buena nueva* del reino de Dios y de la Redención, esperada después de la caída del hombre. Sin fijar su residencia en ningún lugar, hospedándose indiferente en casa de los pobres y de los ricos que le ofrecían hospitalidad, al principio anda solo, como los profetas, por las ciudades y los pueblos, predicando ora al aire libre, ora en las sinagogas. La idea fundamental de su predicación es que el reino de Dios es un reino *espiritual* y no *temporal*, como lo esperaba la mayoría de los judíos, hombres groseros y materiales.

No tiene un plan determinado en sus enseñanzas, sino que se aprovecha de todas las circunstancias para hacer penetrar su doctrina en las almas. Habla pronunciando *sentencias* sencillas y sublimes a la vez; se vale de *parábolas* conmovedoras; su palabra sencilla está llena de unción. No intenta, como un sabio, probar lo que enseña; no discute: *afirma con autoridad*, en virtud de su misión divina.

Declara que es el *Mesías* prometido y el *Hijo de Dios* enviado por su padre para la salvación de los hombres. Tiene en su lenguaje un encanto divino, que hace decir a los que le escuchan: «*¡No, jamás hombre alguno ha hablado como Éste!*».

Confirman sus enseñanzas con la *santidad* de su vida, la *sublimidad* de su doctrina y, particularmente, con *numerosos mi-*

lagros, que atestiguan su misión y su divinidad. — Ejerce sobre la creación entera su acción dominadora, como Señor de todas las cosas. Todo le obedece: el cielo, la tierra, los infiernos. — Los ángeles acuden al desierto a servirle: Moisés y Elías le acompañan en el Tabor.— Multiplica los panes, calma las tempestades, camina sobre las olas, realiza un sinnúmero de curaciones y resucita a los muertos. — Arroja a los demonios del cuerpo de los poseídos. Para llevar a cabo esto milagros, le basta una palabra, un gesto, un simple contacto.

Formación de la Iglesia.— Después de sus primeras predicaciones, un gran número de hombres empiezan a seguirle para escuchar su palabra de vida y ser testigos de sus milagros. De entre estos primeros secuaces, Jesucristo elige *doce,* en recuerdo de los doce patriarcas de Israel, y los llama *apóstoles,* es decir, *enviados,* porque quería enviarlos a predicar su doctrina a todos los pueblos de la tierra. Los lleva consigo, los instruye con un cuidado especial y, durante *tres años,* recorre con ellos Galilea, Judea, Samaria y el mismo desierto, adonde le siguen las muchedumbres, ávidas de escucharle.

De tiempo en tiempo envía a sus apóstoles, *de dos en dos,* a predicar el Evangelio. En prueba de su misión les confiere el poder de expulsar a los demonios y de curar las enfermedades, como lo hacía Él mismo.

El tercer año de su apostolado, Jesucristo eligió también setenta y dos discípulos, en recuerdo de los setenta y dos consejeros de Moisés, para que ayudaran a los apóstoles en la predicación del Evangelio por las ciudades y la campiña. De esta suerte echa los cimientos de su Iglesia, que debía continuar su obra sobre la tierra.

Cierto día, dirigiéndose a Simón, cuyo nombre había antes cambiado por el de *Pedro,* le nombró jefe de su Iglesia, diciéndole: «*Tú eres Pedro, sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas,* es decir, las potestades *del infierno no prevalecerán contra ella.*» Y le confió las llaves del reino de los cielos para que las transmitiera a sus sucesores.

Los enemigos de Jesucristo.— Durante los tres años de su vida pública, Jesucristo tuvo que combatir la incredulidad de los judíos y la hostilidad celosa de los jefes de la nación. Israel esperaba un *Mesías poderoso,* para restaurar el trono de David y dar a los judíos el imperio sobre todos los otros pueblos. Esperaba una revolución política y no una transformación religiosa, interpretando en este sentido material las profecías que anunciaba el reino glorioso del Mesías. Este pueblo carnal y terrenal no reconoció al conquistador de sus ensueños en este *profeta de Nazaret,* pobre y obscuro, que predicaba la guerra a las pasiones, el desprecio de las riquezas y el reinado de Dios en las almas.

El pueblo, empero, arrastrado por la dulzura y los milagros de Jesús, se dejaba convencer; pero los *jefes de la nación* se declararon enemigos de Jesucristo y atribuían sus milagros al poder del demonio.

Dominaban en aquella época en Judea dos sectas funestas: Los *saduceos* y los *fariseos.* Los primeros, filósofos materialistas, no pensaban más que en la vida presente, buscando de una manera exclusiva los placeres sensuales. Los fariseos, hipócritas y perversos, bajo la *práctica exterior* de la ley de Moisés, ocultaban un orgullo desmedido y vicios infames. Entre estos dos partidos estaba dividida la alta sociedad y ejercían gran influencia sobre el pueblo. La inmensa mayoría de los miembros del famoso tribunal llamado *sanedrín* formaba en las filas de una y otra secta.

El sanedrín, presidido por el sumo sacerdote, era el gran tribunal de la nación encargado de regir y juzgar los asuntos religiosos. Componíase de setenta y dos miembros, divididos en tres cámaras: los *príncipes de los sacerdotes* o jefes de las veinticuatro familias sacerdotales; los *escribas* o doctores de la ley; los *ancianos del pueblo o* jefes de las tribus y de las principales familias. El sanedrín tenía el derecho de castigar a los transgresores de la ley, pero, desde que los romanos impusieron su dominación a los judíos, le estaba vedado pronunciar sentencia de muerte.

Los fariseos fueron los enemigos más encarnizados de Jesucristo. Celosos de su popularidad, heridos en su orgullo por la superioridad de su doctrina, exasperados por la libertad con que condenaba sus errores y descubría su hipocresía, concibieron contra Él tal aversión, que bien pronto se convirtió en odio mortal. La sabiduría de Dios, que gobierna el mundo, se sirvió de este odio para llevar a cabo la redención del linaje humano.

La Pasión de Cristo Redentor. — Jesucristo había venido a este mundo, no sólo para instruirlo y traerle una religión más perfecta, sino también para rescatar la humanidad culpable. Ahora bien, esta *redención* debía cumplirse mediante el sacrificio de su vida y la efusión de su sangre. A mediados del cuarto año de su predicación, Jesucristo subió a Jerusalén para celebrar allí la Pascua con sus apóstoles.

El Cristo, verdadero rey de Israel, quiso entrar triunfalmente en la Ciudad Santa. El pueblo, al saber que llegaba Jesús, corrió a su encuentro, llevando palmas y ramos de olivo, alfombrado con hojas el camino que debía recorrer, mientras gritaba lleno de júbilo: «*¡Hosanna al Hijo de David! ¡Gloria al Mesías!*».

Estas aclamaciones exasperaron a los fariseos, que buscaron la manera de apoderarse de Él, sin soliviantar a las muchedumbres. Aceptaron complacidos el ofrecimiento de Judas Izcariote, que se brindaba a entregarle, mediante el pago de treinta monedas de plata. Esta venta se repite en el transcurso de los siglos contra Cristo y su Iglesia. Los judíos compran la prensa, compran los votos, y la traición de Judas se repite en el mundo.

— *Jesús en el Huerto de los Olivos.* — Jueves Santo por la noche el Salvador reunió en Jerusalén a sus doce apóstoles para comer el cordero pascual, según el ceremonial prescrito por Moisés. Después de la institución de la divina Eucaristía, la gran Pascua de la nueva ley, Jesús se encaminó al Huerto de los Olivos. Allí, al considerar los sufrimientos que les esperaban y

su inutilidad para muchos, el Salvador se sintió oprimido por una amarga tristeza: cayó en agonía, y, desde las *ocho* de la noche a las *once*, lloró los pecados del mundo.

A media noche llega Judas capitaneando a los soldados del sanedrín. Jesús pronuncia esta única frase: «*Soy Jesús de Nazaret*», y la tropa cae de espaldas. Quiere mostrar con este prodigio que va a entregarse libremente a los sufrimientos. Se deja, pues, atar y conducir a Jerusalén, mientras sus discípulos le desamparan.

— *Jesús en presencia de Caifás.* — Contra todas las reglas de procedimiento, el gran sacerdote reune el sanedrín a media noche, para condenar al Salvador. Estos jueces buscan testigos falsos, pero sus declaraciones carecen de eficacia para justificar la sentencia de muerte. Para poder pronunciarla contra Jesús, no halla el sanedrín otro pretexto que la afirmación solemne de Jesús: «*Si, soy el Cristo, el Hijo de Dios.*» Caifás dice que semejante afirmación es una horrenda *blasfemia;* y como, de acuerdo con la ley mosaica, la blasfemia era castigada con la muerte, Jesús es condenado y entregado, entretanto, a la brutalidad de los lacayos y soldados.

— *Jesús ante Pilato.* — El Viernes Santo, a eso de las siete de la mañana, Jesús es conducido al tribunal de Pilato, gobernador romano, para que ratifique y ejecute la sentencia. El gobernador invita a los enemigos de Jesús a que expongan sus acusaciones contra Él; y entonces los del sanedrín, dejando a un lado la acusación de blasfemia, le presentan como reo de crímenes políticos. «*Este hombre,* dicen, *subleva al pueblo; prohibe que se pague tributo al César, y se dice el Cristo Rey.*»

Pilato interroga a Jesús, reconoce su inocencia y busca la manera de ponerle en libertad; pero no quiere disgustar a los judíos, por temor de ser denunciado al emperador Tiberio y perder su puesto. Oyendo que Jesús es galileo, le envía, sin demora, a Herodes, que se halla en Jerusalén con motivo de las fiestas de la Pascua.

— *Jesús ante Herodes.* — Herodes, orgulloso de ver comparecer ante su tribunal a ese hombre extraordinario, le pide que haga algún milagro. En presencia de aquel príncipe impúdico, Jesús guarda silencio; por lo cual Herodes, despechado, le hace vestir con un traje de burla como a loco y lo devuelve a Pilato.

Durante este tiempo los fariseos propalan entre el pueblo toda suerte de calumnias contra el Salvador: la aparente debilidad y abatimiento de Jesús, el juicio del sanedrín y de Herodes, todo induce a creer que lo afirmado por los fariseos no es calumnia, sino verdad. El pueblo judío, que cinco días antes gritaba: *¡Hosanna al Hijo de David!*, dentro de poco pediría su muerte. De un modo análogo el pueblo católico de Francia, y de otros países, engañado por los judíos y los masones, vota por los enemigos de Dios y les permite forjar toda clase de leyes contrarias a la libertad de la Iglesia y al bien de la patria.

— *Vuelve Jesús a presencia de Pilato.* — El gobernador, conociendo el odio de los fariseos, desea salvar a Jesús. Espera hallar más justicia en el pueblo, y siguiendo la costumbre de indultar a un preso en el tiempo de pascua, equipara a Jesús a un asesino llamado Barrabás: «*¿A quién queréis que ponga en libertad*, pregunta a la muchedumbre, *a Jesús o a Barrabás?*» — El pueblo, seducido por los fariseos, pide la libertad de Barrabás y la muerte de Jesús.

Pilato se indigna; y para mover al pueblo a compasión, condena a Jesús a la pena de azotes, no obstante haberle declarado inocente.

Este suplicio, reservado para los esclavos, era, según la ley romana, horriblemente cruel. El condenado, completamente desnudo, era atado a una columna baja, de modo que presentara la espalda encorvada a los golpes terribles de los verdugos ejercitados en el arte de la tortura. Los ramales de cuero terminaban en corchete para desgarrar las carnes, o en bolas de plomo para magullar las llagas. Cada golpe arrancaba jirones de carne, y la sangre corría de todas las partes del cuerpo. Bien pronto la víctima, encorvándose hacia un lado, dejaba todo su

cuerpo expuesto a los golpes desgarradores: no era raro ver al condenado expirar en este suplicio. La paciencia divina de Jesús asombra a los verdugos y excita su rabia; y de la planta de los pies hasta la coronilla no hay en Él un punto sano, pudiéndole contar todos los huesos, con los que se realizaba la profecía de Isaías: *Dinumeraverunt omnia ossa mea.* De esta suerte la pureza por esencia pagaba las impurezas de los hombres.

Después de tan espantoso tormento material, los soldados romanos quisieron burlarse de este *Rey de los judíos.* Hiciéronle sentar sobre un fragmento de columna como sobre un trono; le echaron sobre las espaldas, a manera de manto real, un harapo de púrpura; pusieron en sus manos una caña por cetro y ciñeron a sus sienes corona de punzantes espinas, adaptándola a fuerza de golpes; luego, como tributo, le escupieron en el rostro y le dieron de bofetadas. Para expiar el orgullo del hombre, el Salvador sufre estas crueles ignominias con paciencia divina.

Pilato presenta al pueblo a Jesús en un estado capaz de conmover las mismas piedras. La víctima tiene el cuerpo desgarrado, la cabeza coronada de espinas, el rostro manando sangre; y cuando así lo ha puesto a vista del pueblo, el juez dice: «*¡He ahí al hombre!*» — Los judíos prorrumpen en gritos de furor: «*¡Crucifícalo!... Nosotros tenemos una ley, y según ella debe morir, porque se ha hecho Hijo de Dios.*»

Los romanos acostumbraban a respetar las leyes religiosas de los pueblos conquistados, y por eso los fariseos substituyen el crimen de Estado, que Pilato rehusa admitir, con el crimen de religión. Sin embargo, el gobernador todavía vacila. Entonces ellos le descargan el último golpe: «*Si lo pones en libertad, no eres amigo del César, puesto que todo aquel que se hace rey se declara contrario al César.*»

Al oír estas palabras, Pilato se estremece ante el temor de perder su puesto, y se lava las manos diciendo: «*Soy inocente de la sangre de este justo; vosotros responderéis de ella.*»

Los judíos gritan: «*¡Que su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos!*» El gobernador pronuncia la sentencia y condena a Jesús a muerte de cruz.

Dos años más tarde, este juez inicuo, acusado por los judíos, fue desterrado a Poitiers, en las Galias, donde, desesperado, se suicidó. — La imprecación del pueblo judío, por otra parte, se cumplió: la maldición de Dios cayó sobre él y sobre su raza, que se halla dispersa por todo el mundo, llevando siempre en su frente el estigma de Caín.

— *Jesús en el Calvario.* — El suplicio de la cruz estaba reservado a los esclavos y a los malhechores. El Salvador del mundo, cargado con nuestras iniquidades, quiere sufrir este suplicio humillante y cruel. Los verdugos colocan sobre sus hombros una pesada cruz, que Él abraza con amor y arrastra penosamente hasta el Calvario, lugar destinado a las ejecuciones. El camino que conducía a él tenía una longitud de 750 metros.

Al recorrer esta vía dolorosa, Jesús, extenuado por tantos sufrimientos, cae tres veces. Al salir de Jerusalén, se halla incapaz de dar un paso, llevando la cruz a cuestas; los soldados obligan a un hombre de Cirene a que ayude a la víctima. Jesús se encuentra con su santísima Madre, y su corazón se desgarra de pena. Más adelante, una piadosa mujer, llamada después la *Verónica,* enjuga su divino rostro, y el Señor, agradecido, deja impresa en el sudario su santa faz.

En la subida al Calvario, el Salvador no habló más que una vez, pero habló como doctor y como profeta. Anunció a las mujeres de Jerusalén que le seguían llorando, el castigo futuro de su patria y la suerte del pecador que no quiera aprovecharse de los frutos de la redención.

Llegado al Calvario, Jesús, despojado de sus vestiduras, es clavado en la cruz por cuatro sayones, que hacen penetrar, a fuerza de golpes de martillo, enormes clavos en sus pies y manos. Cuando la víctima queda clavada, en medio de atroces sufrimientos, los verdugos levantan la cruz y la dejan caer de golpe en el hoyo preparado de antemano. Cada sacudida produce en todos los miembros de Jesús un estremecimiento de espantosos dolores... Era mediodía.

Dos ladrones fueron también crucificados con Él, uno a la derecha y otro a la izquierda. Así se cumplía la profecía: «*Ha sido computado entre los malhechores.*»

Sobre la cruz, el Salvador, levantado entre la tierra y el cielo, pronuncia siete palabras. Ora por sus verdugos; — promete el Paraíso al ladrón arrepentido; — entrega a María por madre a Juan, y luego calla por espacio de tres horas. En aquel momento el sol se obscurece y densas tinieblas cubren la tierra. Jesús aboga ante la justicia divina por los pecadores. Viendo el número de los réprobos que no querrán aprovecharse de sus méritos, deja escapar un grito de angustia hacia su Padre: «*¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué me has abandonado?...*» Después se vuelve a los hombres para decirles: «*Tengo sed...*, tengo sed de salvación de vuestras almas...» Por último, anuncia que *todo se ha consumado:* las profecías se han cumplido, el precio de nuestro rescate está pagado. El Redentor profiere un gran grito, pone su alma en las manos de su Padre, e inclinando la cabeza, expira... Eran las tres de la tarde.

La naturaleza entera pareció llorar la muerte de su Creador: la tierra tembló, las rocas del Calvario se partieron, se desgarró el velo del Templo, las tumbas se abrieron... El centurión romano, que guardaba a los ajusticiados, exclamó: «*¡Este hombre era realmente el Hijo de Dios!*»

— *Sepultura de Jesús.* — Algunas horas después, un soldado, para justificar la muerte de Jesús, abre de una lanzada el costado de la víctima, y de la herida sale agua y sangre. José de Arimatea y Nicodemo obtuvieron el permiso de Pilato para sepultar el sagrado cuerpo. Habiéndolo desclavado de la cruz, lo colocaron en un sepulcro nuevo excavado en una roca. Los judíos, sabiendo que Jesús había predicho su resurrección, y temiendo que vinieran a robar el cadáver, sellaron la tumba con el sello de la nación y pusieron varios soldados para que la guardaran. Esta precaución, completamente providencial, sólo va a servir para hacer más auténtica la resurrección de Jesucristo.

Resurrección de Jesucristo.— El domingo, al despuntar la aurora, Jesús sale lleno de gloria de la tumba sin remover la piedra. La tierra tiembla, un ángel desciende del cielo, hace rodar la piedra, se sienta en ella y siembra el espanto entre los guardianes del sepulcro. Éstos, viendo vacío el sepulcro, corren a anunciar al sanedrín la resurrección del Crucificado. Los príncipes de los sacerdotes les entregan una cantidad de dinero para que esparzan la voz de que, estando ellos durmiendo, habían venido los discípulos de Jesús y robado el cadáver.

El mismo día, el divino Jesús aparece por la mañana a María Magdalena, a las santas mujeres y a Pedro. Por la tarde, se muestra a dos discípulos en el caminos de Emaús, y después a sus apóstoles, reunidos en el Cenáculo.

Durante cuarenta días se aparece a sus apóstoles en diversas circunstancias; les encarga que enseñen y bauticen a todas las naciones y, finalmente, les da las últimas instrucciones para establecer su Iglesia, de la que nombra definitivamente a Pedro primer pastor y Cabeza suprema.

Ascensión. — El cuadragésimo día, Jesús, seguido de ciento veinte discípulos, se encamina al monte de los Olivos. Allí, después de haber prometido a sus apóstoles que les enviaría el Espíritu Santo, los bendice por última vez y en su presencia se remonta a los cielos.

112. P. ***¿Cómo conocemos la vida de nuestro Señor Jesucristo?***

R. Conocemos la vida de nuestro Señor Jesucristo particularmente por los Evangelios.

Llámanse *Evangelios* los cuatro libros donde se narra la *vida*, los *milagros* y las principales *palabras* de Jesucristo.

Autores de los Evangelios son los apóstoles *San Mateo y San Juan*, y dos discípulos, *San Marcos*, discípulo de San Pedro, y *San Lucas*, discípulo de San Pablo.

Los tres primeros evangelistas, San Mateo, San Marcos y San Lucas, escribieron su Evangelio del año 40 al año 70 de la era cristiana; San Juan, a fines del primer siglo.

La palabra *Evangelio* significa *buena nueva.* Es la nueva de la redención de los hombres, nueva grandísima y felicísima sobre todas las demás. Se da este nombre, ya a la doctrina de Cristo, ya a los libros en que está contenida.

Cuatro hombres elegidos por Dios, dos apóstoles y dos discípulos, escribieron, bajo la inspiración del Espíritu Santo, la divina historia de lo que Jesús dijo e hizo entre los hombres. Las narraciones de estos cuatro testigos, aunque diversas en la forma, en la intención, en el origen, se explican y confirman las unas a las unas a las otras, de manera que no constituyen sino **un solo Evangelio.**

1.º El Evangelio de **San Mateo** fue escrito hacia el año 42, ocho años después de la Ascención del Salvador. San Mateo, *apellidado Leví,* cuando estaba a punto de dejar la Palestina para ir a llevar a otras naciones la buena nueva, escribió en hebreo, para los judíos convertidos de Jerusalén, los hechos principales de la vida de Jesús. Su intento fue desmostrar a los judíos incrédulos que Jesús de Nazaret era realmente el *Mesías* anunciado por los profetas. Es el más antiguo de los cuatro Evangelios.

2.º El Evangelio de **San Marcos** fue compuesto *cinco* o *seis* años más tarde, en Roma, por Juan Marcos, discípulo y secretario de San Pedro. Marcos siguió a su maestro a Roma, recogió sus narraciones y, en vista de ellas, escribió su Evangelio a petición de los romanos, deseosos de tener por escrito el compendio de las enseñanzas dadas por el Apóstol. Este Evangelio, aprobado por San Pedro, estaba destinado particularmente a los gentiles, así como el de San Mateo lo estaba a los judíos convertidos. Es el más conciso.

3.º **San Lucas** compuso el tercer Evangelio y los *Hechos de los Apóstoles* entre los años 53 y 60 de la era cristiana. Oriundo de Antioquía, médico, pintor y escritor distinguido, San Lucas fue convertido por San Pablo y se hizo el compañero de sus viajes a Éfeso, a Jerusalén, a Grecia y a Roma. Sacó los elementos para su Evangelio de las predicaciones de su maestro, de sus relaciones con los otros apóstoles y de las enseñanzas que recogiera de labios de la misma Virgen María.

San Lucas se propuso coordinar, de la mejor manera posible, la narración de los hechos evangélicos; y así su libro tiene más forma de historia que los otros: es el más completo y el más metódico de los Evangelios. San Lucas escribió para los griegos, cuya lengua hablaba admirablemente. Presenta al *Hombre—Dios* como Salvador del género humano.

4.° El Evangelio de **San Juan** fue compuesto a fines del *siglo primero*. San Juan, el *discípulo predilecto de Jesús*, el último de los apóstoles, escribió en griego su Evangelio, a ruegos de los obispos de Asia, para combatir las primera herejías sobre la divinidad de Jesucristo. Pone todo su empeño en dar a conocer mejor al Salvador, su existencia eterna en el seno de Dios, su unión substancial con el Padre, su encarnación y el misterio de la vida divina que Jesús venía a comunicar a los hombres.

Los tres primeros evangelistas narran la vida exterior del Salvador y sus enseñanzas populares. San Juan guarda silencio acerca de lo que se halla en los primeros Evangelios, y ahonda más que los otros hagiógrafos en los secretos de Jesús y en la sublimidad de su doctrina. Es el único que reproduce su discurso de después de la Cena, la página más hermosa de nuestros Libros Santos, donde se respira como un aroma de divinidad y de amor divino (Véase los cap. XIII a XVII).

113. P. ***¿Debemos creer todo lo que está contenido en los Evangelios?***

R. Sí; porque se debe creer a un libro histórico cuando es *auténtico, íntegro y veraz.*

Los Evangelios poseen estar tres cualidades de una manera mucho más perfecta que todos los otros libros históricos. Escritos por los apóstoles y los discípulos cuyos nombres llevan, han llegado intactos hasta nosotros, y sus autores son testigos verídicos y dignos de fe: no han podido ser engañados ni engañadores. Es imposible, pues, poner en duda los hechos narrados en los Evangelios, sin rechazar al mismo tiempo toda ciencia histórica.

N. B.— Los Evangelios pueden ser considerados de dos maneras: 1.ª, como *libros inspirados;* 2.ª, como libros simplemente *históricos.*

Nosotros, los cristianos, creemos que los Evangelios son *libros inspirados,* es decir, que los apóstoles y sus discípulos los han escrito siguiendo el impulso del Espíritu Santo, que se los dictó. Como *libros inspirados,* merecen *fe divina,* esto es, la fe absoluta que merece la palabra de Dios. — Pero aquí no tenemos que tratar de la inspiración.

Consideramos los santos Evangelios como *libros de historia* según el concepto puramente histórico.

— Conforme a la sana crítica y al buen sentido, un libro de historia tiene autoridad plena y merece *fe humana* cuando es auténtico, íntegro y veraz.

Un libro es *auténtico* cuando ha sido escrito en la época y por el autor que le asignan.

Un libro es *íntegro* cuando ha llegado hasta nosotros sin alteración, tal como fue compuesto por su autor.

Un libro es *verídico* cuando el autor no puede ser sospechoso de error o de mentira.

1.º **Autenticidad de los Evangelios.** — Los cuatro Evangelios tienen por autores a los escritores cuyos nombres llevan. Así lo demuestran:

a) El *testimonio del pueblo cristiano.* Éste ha considerado siempre los Evangelios como auténticos, los ha leído en los divinos oficios y los ha conservado con religioso respeto.

b) El *testimonio de los mismos paganos,* que los atribuyen a los discípulos de Jesús.

c) La *imposibilidad* de atribuirlos a otros autores, sea *contemporáneos de los apóstoles;* porque éstos hubieran protestado; sea *posteriores a su muerte,* porque los cristianos no los hubieran recibido.

d) Los *caracteres intrínsecos* de los Evangelios requieren que sus autores sean testigos oculares y contemporáneos a Jesucristo.

a) La autenticidad de nuestros *Libros Santos* demanda pruebas más fuertes que las exigidas para los otros libros históricos, pruebas accesibles a todas las inteligencias. Dios ha provisto a esta necesidad. Él nos da una prueba única en el mundo y acomodada a todas las inteligencias, tal como no la posee libro alguno: me refiero al testimonio del *pueblo judío* para el Antiguo Testamento y del *pueblo cristiano* parta el Nuevo.

Los Evangelios son para los cristianos una *herencia de familia* cuya procedencia deben conocer mejor que nadie. El *pueblo cristiano* funda su origen, la razón de su existencia, de su fe, de su vida, en la predicación de los apóstoles que le hicieron conocer las *obras*, los *milagros* y las *enseñanzas* de Jesucristo. Ahora bien, los Evangelios no son más que el **resumen escrito** de la predicación apostólica. Los primeros cristianos aceptaron estos libros: *a)* porque conocían a sus autores y sabían que eran dignos de fe, y *b)* porque no hallaban en estos escritos sino lo que ya creían. Siempre y en todas partes los *cristianos* han considerado los cuatro Evangelios como la obra de los apóstoles y de sus discípulos; ante ese testimonio constante y universal se desvanecen todas las objeciones de los incrédulos pasados, presentes y futuros.

Los racionalistas creen hallar, en lo que ellos llaman *ciencia crítica*, armas contra nosotros. Los sabios cristianos los han seguido en este terreno, y ved aquí los testimonios que la crítica más sabia presenta de los escritos de los primeros siglos de la Iglesia, en favor de la autenticidad de los Evangelios:

— *San Justino*, apologista y mártir en 106, afirma que los Evangelios *eran leídos en los oficios del domingo*, y habla de esta costumbre como de un uso general que existía de mucho tiempo atrás (1). Este filósofo pagano abrazó el cristianismo, después de haber recogido los datos más precisos acerca de todos los hechos evangélicos.

— Su discípulo *Taciano* escribió una *armonía* de los cuatro Evangelios, es decir, una concordancia.

(1) *Apología*, I, 67.

— Los *Padres apostólicos,* contemporáneos de los evangelistas, como *San Clemente Romano,* discípulo de San Pedro y Papa desde el 91 al 100; — *San Bernabé,* compañero de San Pablo, muerto el año 104; — *San Ignacio* de Antioquía, discípulo de San Juan, martirizado el año 107, etc., citan en *sus cartas* una gran cantidad de pasajes sacados del Evangelio: prueba evidente de que los Padres contemporáneos de los apóstoles tenían a la mano los Evangelios y conocían su verdadero origen.

— *San Ireneo,* el sabio obispo de Lión, discípulo de Policarpo, amigo éste de San Juan, del año 120 al 202, invoca contra los herejes nuestros cuatro Evangelios que compara a los cuatro puntos cardinales y a las cuatro figuras de querubines. Nos hacen conocer en su célebre obra *Adversus haereses* la época de su redacción. Citaremos sus palabras:

«*Mateo* publicó su Evangelio entre los hebreos y en su lengua, en la época en que Pedro y Pablo predicaban el Evangelio en Roma y fundaban la Iglesia. Mas tarde, *Marcos,* discípulo y secretario de Pedro, nos transmite, por escrito, las verdades que enseñaba ese apóstol. *Lucas,* discípulo de Pablo, escribía en un libro el Evangelio que predicaba su maestro. Finalmente, *Juan,* el discípulo predilecto del Señor, publicó un Evangelio mientras residía en Éfeso, en Asia... Tal es la certeza de nuestros Evangelios, que hasta los mismos herejes la reconocen y testifican.»

Son de una importancia capital las palabras de Ireneo, primado de la Galias y discípulo de Policarpo, que reúne en su persona la autoridad de la Iglesia de Oriente y de Occidente.

— *Orígenes,* que vivió del año 185 al 254, afirma que *hay cuatro Evangelios, que son los únicos recibidos sin dificultad en toda la Iglesia de Dios.* Este gran doctor no se contenta con nombrar los autores, sino que los comenta y los explica.

— *Tertuliano,* años 145—230, es tan explícito como Orígenes: con él tenemos el testimonio de la Iglesia de África.

— Es inútil reproducir testimonios posteriores al siglo II: son demasiado numerosos. Por consiguiente, no hay duda posi-

ble: los cuatro Evangelios fueron escritos por los autores cuyos nombres llevan.

b) **Testimonio de los paganos.** — Al testimonio de los cristianos podemos añadir el de los filósofos paganos, enemigos encarnizados de la Iglesia. *Celso*, que escribió entre los años 115 y 140, reconoce en los Evangelios *«los escritos de los discípulos de Jesús». Porfirio*, en el siglo III, y *Juliano el Apóstata*, en el IV, llaman a los evangelistas por sus nombres. Si ellos hubieran podido negar el verdadero origen de nuestros Evangelios, no hubieran dejado de hacerlo, porque éste era, evidentemente, el medio más rápido y eficaz para combatir a la Iglesia de Cristo.

c) **Imposibilidad de todo fraude.** — Ningún impostor hubiera podido componer los Evangelios ni *durante la vida* de los apóstoles, ni después de su *muerte*. 1.º Era imposible viviendo los apóstoles, porque éstos, sumamente atentos a conservar la fe, jamás hubieran permitido que se abusara de su nombre para engañar a los fieles.— 2.º Era imposible después de la muerte de los apóstoles, porque los cristianos no hubieran recibido los Evangelios, y habrían protestado contra los impostores, como lo hicieron contra los *Evangelios apócrifos* desde el momento de su aparición. Si nuestros cuatro Evangelios han sido los únicos aceptados, es porque son los únicos auténticos. Los falsos Evangelios son remedos, y por lo mismo deponen en favor de los verdaderos, como la moneda falsa atestigua la existencia de la verdadera.

2.º **Integridad de los Evangelios.**— Los Evangelios han llegado intactos hasta nosotros:

a) En efecto, no han sido alterados, y el texto actual está completamente conforme con los antiguos manuscritos.

b) Fue siempre imposible cualquiera alteración.

a) Nuestros Evangelios no han sido alterados. — Los sabios modernos, protestantes y católicos, han comparado los manuscritos más antiguos, las diversas traducciones en todas las lenguas; han estudiado hasta los viejos pergaminos de los monasterios griegos del Sinaí y del Monte Atos; y en todos estos manuscritos no han hallado ninguna divergencia que merezca ser

notada. El texto que hoy poseemos es el mismo que se halla citado por los Santos Padres; está conforme con los 500 *manuscritos antiguos* cuya existencia han comprobado los sabios; está también de acuerdo con las antiguas versiones o traducciones hechas en diversas épocas. Por consiguiente, la integridad de los Evangelios queda rigurosamente demostrada.

Es indudable que existen numerosas *variantes* entre los diversos manuscritos y no podría ser de otra manera: jamás libro alguno ha sido tan copiado y traducido en todos los tiempos y lugares. Pero estas variantes son debidas únicamente a errores de copistas o de traductores; dejan intactas las *partes esenciales de cada frase,* y no alteran ningún hecho importante, ningún punto de dogma o de moral.

b) Era imposible toda alteración substancial.— Estos libros, reverenciados como divinos, leídos todos los domingos en los oficios, eran conservados con cuidado religioso por todos los cristianos. Sería imposible hoy falsificarlos, porque son conocidos a la vez por los católicos, los herejes y los incrédulos: los unos a falta de los otros protestarían contra cualquiera alteración. Ahora bien, este estado de cosas fue siempre el mismo; luego lo que es imposible hoy, lo fue en tiempos pasados.

3.º **Veracidad de los Evangelios.**— Los autores del Evangelio son verídicos:

a) No podían engañarse acerca de los hechos que narran: tales hechos eran recientes, sensibles e importantes.

b) No querían engañarnos: eran hombres sencillos, honestos, francos y publicaban su narración con peligro de su vida.

c) No podían tampoco engañar, aun habiéndolo querido, porque vivían todavía numerosos testigos presenciales de los hechos del Evangelio, y no hubieran dejado de descubrir la impostura. Por otra parte, los judíos tenían sumo interés en poder demostrar que los evangelistas mentían. (1)

(1) Sobre la veracidad e historicidad de los Evangelios, recomendamos muy encarecidamente la obra del P. J. Leal titulada: "El Valor Histórico de los Evangelios" recientemente publicada por nuestra editorial Apostolado Mariano.

a) No podían engañarse, porque no narraban sino lo que habían visto o recibido de boca de testigos oculares dignos de fe. Se trataba de hecho *recientes, sensibles, materiales,* realizados a la luz del sol, en presencia de una multitud de testigos, a veces hostiles. Esos hechos eran de una *importancia capital* para la religión del pueblo judío; finalmente, eran frecuentemente *maravillosos* y, por lo mismo, de tal naturaleza que debían llamar la atención. Creemos que nadie se atreverá a afirmar que todos los evangelistas eran ciegos, sordos o ilusos. En este caso, habría que afirmar lo mismo de una multitud de otros testigos contemporáneos, aun de entre los enemigos de Jesús, que admitieron sin protesta las narraciones evangélicas.

b) No querían engañar. Su narración tiene un sello de verdad, de sencillez, de candor tal, que jamás se encuentra nada semejante en el libro de un impostor. Puntualizan los hechos, señalan los lugares donde se realizaron, citan los testigos vivos todavía, y confiesan humildemente sus propios defectos y faltas.

—*No querían engañar:* nadie engaña sino cuando prevé, como resultado de ese engaño, alguna utilidad, como gloria, fortuna, bienestar. Y ¿qué interés podían tener en engañarnos? Tan lejos estaban de poder esperar algún provecho de su fraude, no menos perjudicial para los judíos que para los gentiles, que sólo debían esperar, de *parte de los hombres,* el desprecio, la persecución, la muerte, y, de *parte de Dios,* los castigos reservados a los impostores sacrílegos. Mentir, pues, en tales condiciones era una locura. Pascal tiene razón cuando dice: «*Yo creo fácilmente las historias cuyos testigos se dejan fácilmente degollar en comprobación de su testimonio.*»

c) Finalmente, *no hubieran podido engañar:* los hechos que narran habíanse realizado en presencia de millares de testigos que todavía vivían. Los enemigos del cristianismo no hubieran dejado de descubrir la impostura. Los judíos incrédulos, los jefes de las sinagoga, hicieron todo lo posible para ahogar la religión nueva, imponiendo el silencio a los apóstoles, pero se confesaron impotentes para negar los hechos del Evangelio.

— *No hubieran podido engañar*, porque los apóstoles eran radicalmente incapaces de inventar por sí mismos, siendo gente sencilla y humilde, una *doctrina* tan sublime, superior a todas las doctrinas filosóficas; no hubieran podido crear un *tipo de virtud* tal como Jesucristo, ni concebir un *Mesías* que no se parece en nada al que esperaban los judíos. El retrato que hacen de Jesús no tiene analogía con los héroes del mundo; ningún ser humano podía darles la idea de un modelo tan sublime de perfección.

CONCLUSIÓN.— Son, pues, los Evangelios el libro histórico más autorizado, el más integro, el más verídico de todos los libros. Estamos, por consiguiente, tan ciertos de los milagros de Jesucristo como de sus enseñanzas. Los testigos que los narran los han visto; estos testigos no se engañan; sus narraciones han llegado hasta nosotros en toda su integridad. «*¿Cómo, dice el impío Rousseau, recusar el testimonio de un libro escrito por testigos que nunca ha cesado de darlo a conocer en toda la tierra, y por el cual han muerto más mártires que letras tienen sus páginas?*»

Si los hechos del Evangelio no fueran verdaderos, el Cristianismo nunca se hubiera podido establecer y conservar en la tierra.

Vamos a terminar esta cuestión citando una página muy conocida que la evidencia de la divinidad de los Evangelios arrancó al mismo Rousseau:

«Confieso que la majestad de las Escrituras me asombra, la santidad del Evangelio habla a mi corazón. Mirad los libros de los filósofos con toda su pompa: ¡qué pequeños son comparados con aquél! ¿Es posible que un libro tan sublime, y tan sencillo a la vez, sea obra de los hombres? ¿El posible que Aquel cuya historia narra no sea más que un hombre también?... ¿Diremos que la historia del Evangelio ha sido inventada a capricho? No es así como se inventa; y los hechos de Sócrates, de los cuales nadie duda, están menos atestiguados que los de Jesucristo. En el fondo es esquivar la dificultad, sin destruirla. Sería más inconcebible que varios hombres, de común acuerdo, hu-

bieran forjado este libro, que no el que uno solo haya proporcionado el tema. Nunca *autores judíos* hubieran hallado ni este tono ni esta moral. El Evangelio tiene caracteres de verdad tan grandes, tan sorprendentes, tan perfectamente inimitables, que el inventor sería más grande que el héroe mismo.»

114. P. ***La religión cristiana ¿difiere mucho de la religión primitiva y de la religión mosaica?***

R. No; no difiere de ellas en su esencia, puesto que tiene los mismos *dogmas*, la misma *moral* y el mismo *culto* esenciales.

Estas tres religiones tienen el mismo autor: Dios; — el mismo fin sobrenatural para el hombre: el cielo;— los mismos medios para llegar a él: la gracia.— Las tres reposan sobre el mismo Redentor: *esperado* o *llegado*, **Jesucristo** es siempre el fundamento de la verdadera religión. La salvación nunca ha sido posible sino por Él y por sus méritos.

Sin embargo, la religión cristiana es más desarrollada, más perfecta y más rica en gracias.

Así como el sol se anuncia con la *aurora*, descubre su luz cuando se *levanta* y brilla en todo su esplendor *al mediodía*, así la **religión revelada** se desenvuelve por grados: empieza en la religión primitiva, se desarrolla en la religión mosaica y brilla en todo su esplendor en la religión cristiana. Después de la revelación cristiana no queda ya más que la revelación del cielo: la *visión beatífica*.

La revelación hecha por Jesucristo es *antigua* y *moderna* a la vez: *antigua*, porque reproduce todas las revelaciones anteriores; *moderna*, porque las esclarece y completa: *«Yo no he venido, dice Él, a abrogar la ley o los profetas; no he venido a abrogar, sino a dar cumplimiento»* (Mt. 5,17)

1.° Estas tres *revelaciones* o *religiones, primitiva, mosaica* y *cristiana*, no son sino los diversos estados de *una sola* y *misma religión*, desarrollada por Dios en la sucesión de los siglos y que recibe su perfección por Jesucristo. Semejante al hombre a quien se dirige, la religión revelada ha tenido diversas edades:

a) su *infancia,* desde Adán hasta Moisés; —*b)* su *adolescencia,* desde Moisés hasta Jesucristo; — *c)* su *edad perfecta,* desde Jesucristo hasta el fin del mundo. Pero no por eso ha dejado de ser la misma, así como el hombre, pasando por las diversas edades de la vida, no deja de ser la misma persona.

Y, a la verdad, las tres religiones tienen el mismo origen: las tres vienen de Dios; — el mismo fin y los mismos medios, puesto que el objeto de todas ellas es conducir al hombre al cielo mediante la gracia.— Los *dogmas,* aunque revelados progresivamente, se encuentran, por lo menos en germen, en las tres religiones. Así el misterio de la Encarnación es anunciado por los profetas, que llaman al *Mesías,* ora Hijo de David, ora Hijo de Dios, *Emmanuel*, es decir, Dios con nosotros.

Un mismo *decálogo* preceptúa siempre las mismas virtudes. *Para con Dios:* la fe, la esperanza, la caridad, la adoración; *para con el prójimo:* la justicia, la caridad, la verdad; *para con nosotros mismos:* la humildad, la castidad, el desinterés.

Uno mismo es el *culto,* por lo menos en sus actos esenciales: la *oración,* el *sacrificio,* la santificación de *un día* por semana.

2.º Las tres religiones reposan sobre el *Redentor.* El punto culminante de la historia de la religión, como el de la historia del mundo, es la venida del Mesías. Colocado entre el pueblo judío, que le llamaba con todos sus deseos, y el pueblo cristiano, que le ha saludado por su Dios, **Jesucristo** une los dos Testamentos o las dos alianzas de Dios con los hombres. Todo lo que ha precedido dice relación a Él como a *Salvador esperado;* todo lo que le ha seguido se una a Él como a *Salvador llegado.* Jesucristo es el centro adonde convergen todas las cosas. Él es el objeto de la fe de todos los siglos: desde el nacimiento del mundo, el fiel ha debido creer en Jesucristo *prometido,* como el cristiano debe creer en Jesucristo *venido. «Él era ayer, Él es hoy, Él será en los siglos de los siglos.»*

La *religión cristiana* ha empezado, pues, con el primer hombre y no terminará sino con el mundo. Nosotros creemos hoy y se creerán en todos los siglos las mismas verdades fundamenta-

les; nosotros observamos los mismos preceptos que nuestros primeros padres, los patriarcas y los profetas.

«Así la religión, después de la caída del hombre, ha sido siempre una e idéntica en su autor, en su mediador, en su dogma, en su moral, en su culto. Luego nunca ha habido más que una sola verdadera religión: la *religión cristiana;* ella se remonta a los primeros días del mundo, y perdurará hasta el fin de los siglos. Semejante a un árbol magnífico, plantado en el principio de los tiempos por la mano de Dios mismo, ella ha desarrollado poco a poco su robusto tronco, ha extendido sus ramas protectoras, alimentado con sus frutos saludables y cubriendo con su follaje inmortal todas las generaciones que han pasado, pasan y pasarán sobre la tierra.» — Mons. Gaume.

115. P. ***¿En qué consiste la perfección de la religión cristiana?***

R. 1.º Jesucristo explicó mejor las verdades ya conocidas;

2.º Reveló nuevos misterios;

3.º Interpretó con mayor claridad las leyes morales;

4.º Estableció los *sacramentos,* fuente eficaz de la gracia;

5.º Abolió las ceremonias figurativas del culto mosaico;

6.º Reemplazó los *sacrificios antiguos*, de poco valor, por el santo Sacrificio de la *Misa*, de un valor infinito;

7.º Reunió a los que practican su religión en *sociedad visible,* con una *autoridad infalible* para instruir a los hombres, gobernarlos y administrarles los sacramentos;

8.º Hizo obligatoria para todo el género humano la religión cristiana.

1.º **Jesucristo perfeccionó el dogma.**— Derramó abundantísima luz sobre las verdades ya reveladas, como la unidad y las perfecciones de Dios, la espiritualidad, libertad e inmortalidad del alma, las recompensas y los castigos de la vida futura. — Nos reveló claramente los grandes misterios de la *Trinidad*, de la *Encarnación* y de la *Redención*, que nos hacen entrever la naturaleza íntima de Dios y nos muestran el amor infinito del Creador para con el hombre, su criatura.

2.º **Jesucristo perfeccionó la moral.**— Promulgó con mayor claridad el *decálogo*, que redujo a los dos grandes preceptos del amor a Dios sobre todas las cosas y del amor al prójimo como a nosotros mismos por amor de Dios.— Impuso a los hombres como deber riguroso el observar las leyes de la penitencia y *emplear los medios* por Él establecidos para conferirles la gracia, es decir, el deber de recibir los sacramentos que dan, conservan o restituyen la vida sobrenatural. — Nos mostró la fuente de todas las virtudes en el espíritu de sacrificio: «*Si alguien quiere*, nos dice, *seguirme al cielo, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame.*» Sin renunciar a sí mismo, es imposible amar a Dios y al prójimo.

3.º **Jesucristo perfeccionó el culto.**— Reemplazó los ritos simbólicos de la antigua ley por signos *eficaces*, los sacramentos, que obran pos sí mismos y confieren la gracia a todos los cristianos bien dispuestos. — Instituyó el *Sacrificio de la Misa*, de un valor infinito, porque es la reproducción incruenta del gran sacrificio del Calvario: por la Misa podemos rendir a Dios todos nuestro homenajes de adoración, de acción de gracias, de expiación y de oración.

Estableció un *nuevo sacerdocio*, que no está limitado a los miembros de una sola tribu, como en la religión mosaica, sino que ha sido confiado con poderes maravillosos a todos aquellos que responden a la vocación de Dios.

Por último, nos dio una fórmula de oración, el *Padre nuestro*, resumen de todo lo que debemos desear y pedir a Dios.

4.º **Jesucristo aseguró la conservación de la religión cristiana.**— Instituyó una *sociedad*, la **Iglesia**, con una *autoridad infalible*, que tiene una jurisdicción más extendida, más manifiesta, más firme que la sinagoga judía. Esta autoridad reside en el *Soberano Pontífice*, sucesor de San Pedro, designado por Jesucristo como jefe de la Iglesia, y en los *obispos*, sucesores de los apóstoles.

5.º **Jesucristo hizo obligatoria para todos los hombres la religión cristiana.**— Jesús dijo a los apóstoles: «*Id, enseñan a todas las naciones, predicad el Evangelio a toda criatura. Aquel que*

creyere y fuere bautizado, se salvará; aquel que no creyere, será condenado. He aquí que Yo estoy con vosotros hasta la consumación de los siglos» (1). Está, pues, destinada la religión cristiana a todas las naciones y a todos los individuos, y todos están obligados a aceptarla. (Mt. 28,10—20; Mc. 16,15—16)

116. P. ***¿Qué cosas comprende la religión cristiana?***

R. La religión cristiana comprende:

1.º Las *verdades* que debemos creer;

2.º Los *deberes* que debemos practicar;

3.º Los *medios* que debemos emplear para glorificar a Dios y santificarnos.

1.º Las *verdades* que debemos creer están contenidas en *compendio* en el *símbolo* de los apóstoles.

2.º Los *deberes* que debemos practicar están expuestos en los mandamientos de Dios y de la Iglesia.

3.º Los *medios* establecidos para glorificar a Dios son el santo Sacrificio de la Misa, la santificación del domingo y de los días festivos; — los *medios* de santificarnos son los sacramentos y la oración, que nos dan la gracia necesaria para la salvación. Tal es, en resumen, la doctrina cristiana, la doctrina de Jesucristo, que los apóstoles han predicado y que la Iglesia nos enseña.

N.B.— Más adelante explicaremos de una manera más completa estas diversas partes de la religión cristiana. Por el momento, bástanos recordar las principales verdades que debemos creer acerca de nuestro Señor Jesucristo, si queremos de veras ser sus discípulos.

Creencias de los cristianos.— 1.º Nosotros, los cristianos, creemos que Dios Creador ha levantado en su misericordia, la humanidad caída y perdida por el pecado del primer hombre.

2.º Creemos que para esto ha enviado a la tierra al **Mesías,** prometido a los patriarcas y anunciado por los profetas. Este

Salvador nos ha enseñado lo que debemos creer y lo que debemos hacer para agradar a Dios.

3.º Creemos que este **Redentor** es el **Hijo de Dios,** la segunda persona de la Santísima Trinidad, que tomó la naturaleza humana para unirla a su persona divina, y, después de su Encarnación, se llamó **Jesucristo.**

4.º Creemos que el *Hijo de Dios hecho hombre,* o el **Hombre—Dios,** ha satisfecho por el pecado de Adán y por nuestros pecados personales a la justicia divina, de tal suerte que, aplicándonos sus méritos en determinadas condiciones, somos *elevados nuevamente al estado sobrenatural* y somos hechos *hijos adoptivos de Dios,* y herederos del cielo.

5.º Creemos que Jesucristo ha instituído una *sociedad religiosa,* que Él llama **Iglesia,** para continuar su obra y asegurar la salvación a los hombres que profesaren su doctrina, obedecieren sus leyes y recibieren sus sacramentos.

6.º Creemos que, entre todas las sociedades que pretenden ser las iglesias de Jesucristo, la *Iglesia católica, apostólica y romana* es la única verdadera Iglesia por Él fundada.

7.º Creemos que Jesucristo ha establecido en la Iglesia católica una *autoridad infalible,* un tribunal supremo, que tiene por misión enseñar, propagar y hacer practicar la religión cristiana: esta autoridad es ejercida por el soberano Pontífice, sucesor de San Pedro, y por el cuerpo de los obispos unidos al Papa.

Tales son los puntos de nuestro símbolo que vamos a explicar, probar y defender contra los que los atacan. Estos adversarios son de tres clases: los *judíos,* los *racionalistas* y los *herejes.*

Demostrando la divinidad de la religión cristiana, probaremos:

1.º CONTRA LOS JUDÍOS, **que Jesucristo es el verdadero Mesías prometido y esperado en Israel;**

2.º CONTRA LOS RACIONALISTAS, **que Jesucristo es verdaderamente el enviado de Dios y Dios mismo;**

3.º CONTRA LOS HEREJES, **que la Iglesia católica es la sola Iglesia fundada por Jesucristo.**

III. Divinidad de la Religión cristiana

117. P. *¿Cómo sabemos que la religión cristiana es divina?*

R. Lo sabemos por señales ciertas e infalibles, como son las siguientes:

1.º El cumplimiento de las antiguas profecías en la persona de Jesucristo;

2.º Los milagros estupendos obrados por el Salvador;

3.º El gran milagro de su resurrección;

4.º Las profecías hechas por Jesucristo y perfectamente realizadas;

5.º El establecimiento milagroso de la religión cristiana;

6.º La constancia y el número de sus mártires;

7.º Los frutos admirables producidos por el cristianismo;

8.º La excelencia verdaderamente divina de la doctrina de Jesucristo.

Hemos demostrado en otra parte que el *milagro* y la *profecía* son el *sello divino*, la *marca*, la *señal infalible* de una religión divina. Toda religión autorizada por milagros y profecías, es una religión divina, una religión revelada por Dios mismo. Ahora bien, veremos en las siguientes preguntas que la religión cristiana está autorizada por la doble marca del milagro y de la profecía; luego la religión cristiana es realmente revelada por Dios, es la única religión verdadera, la única divina.

Dios da su religión a los hombres mediante *enviados divinos* encargados de hablar en su nombre; pero reviste a estos embajadores con todas las *señales necesarias*, a fin de que los hombres puedan conocerlos y aceptar su testimonio sin temor de errar. Pues bien, los dos signos principales que caracterizan a un *enviado divino* son el poder de hacer milagros y profecías.

I. Profecías realizadas en nuestro Señor Jesucristo

118. P. ***Jesucristo ¿es el Mesías?***

R. Sí; Jesucristo es verdaderamente el Mesías.

Él es el *Salvador prometido* en el Paraíso terrestre;
El *Enviado divino* esperado por los patriarcas;
El *nuevo Legislador* anunciado por Moisés;
El *Emmanuel* predicho por los profetas;
El *Redentor deseado* por las naciones.

Él ha realizado en su persona todas las profecías del *Antiguo Testamento* relativas: 1.º, al origen del Mesías; 2.º, a la época de su llegada; 3.º, a las diversas circunstancias de su vida.

Es, pues, Jesucristo el *Mesías*, el *Enviado de Dios* para establecer la religión nueva que debía suceder a la religión mosaica. Pero una religión establecida por un Enviado de Dios es necesariamente una religión divina; luego la religión cristiana, fundada por Jesucristo, es divina.

1.º Profecías concernientes al origen del Mesías

En el Paraíso terrenal, después de la caída, Dios promete un *Salvador* a nuestros primeros padres, los cuales transmiten esta esperanza a sus descendientes, de tal manera, que ella se encuentra en todos los pueblos.

Dios renueva esta promesa a los patriarcas *Abrahán, Isaac y Jacob,* prometiéndoles que *todas las naciones serán bendecidas en* **Aquel** *que saldrá de su raza.*

Jacob, iluminado por un espíritu profético, anuncia a *Judá*, su cuarto hijo, que el *Libertador* descenderá de él. —En la tribu de Judá, Dios elige la familia de David. Él dice a este rey: «*Yo pondré sobre tu trono a un hijo que saldrá de ti, pero cuyo reinado será eterno: Yo seré su Padre, y él será mi Hijo.*» El Mesías, pues, debía ser, a la vez, Hijo de David e Hijo de Dios.

Estas condiciones sólo se hallan reunidas en Jesucristo, porque es descendiente de Abrahán, de la tribu de Judá, de la familia de David, como lo prueba su genealogía, y es el único cuyo reinado es eterno. Luego es el Mesías.

1.º **Profecía de Jacob.**— En su lecho de muerte, este patriarca, al anunciar a cada uno de sus hijos la suerte que le estaba reservada, dijo a Judá: «*El cetro no saldrá de Judá, ni el jefe de su*

raza, hasta que venga **Aquel** *que debe ser enviado, y que será la expectación de todas las naciones»* (Gen. 49,10)

Según esta profecía, el Mesías debe llegar en la época en que la tribu de Judá perderá la autoridad, *significada por el cetro.* Ahora bien, cuando llegó Jesucristo, la autoridad acababa de pasar a manos de Herodes, *príncipe idumeo,* que gobernaba en nombre de los romanos: los propios judíos dejaron atestiguada la pérdida de su autoridad nacional, cuando dijeron a Pilato: *«No tenemos derecho para condenar a muerte...»* Luego es cierto que Jesucristo vino en el tiempo señalado por Jacob.

2.º **Profecía de Daniel.**— Durante la cautividad en Babilonia, Daniel rogaba ardientemente al Señor que abreviara los sufrimientos de su pueblo y enviara el Mesías. El arcángel Gabriel vino a decirle:

«El tiempo ha sido reducido a setenta semanas para tu pueblo y para tu santa ciudad. Después de lo cual será abolida la iniquidad y el pecado tendrá fin; la iniquidad será borrada y dará lugar a la justicia eterna; las visiones y las profecías tendrán su cumplimiento; el *Santo de los santos* recibirá la unción.»

«Grábalo bien en tu espíritu: *Desde la orden que se dará para reedificar a Jerusalén hasta el Cristo, Jefe del pueblo, habrá siete semanas y sesenta y dos semanas;* los muros y los edificios públicos serán levantados a pesar de muchas dificultades.»

«Después de las sesenta y dos semanas, el Cristo será condenado a muerte.; y el pueblo que habrá renegado de Él dejará de ser su pueblo. Otro pueblo vendrá con su jefe, que destruirá la ciudad y su templo; esta ruina será el fin de Jerusalén: el fin de la guerra consumará la desolación anunciada.

«*En una semana* (la que queda), el Cristo sellará su alianza con muchos. A mitad de la semana, las víctimas y los sacrificios serán abolidas; la abominación de la desolación reinará en el templo, y la desolación no tendrá fin». (Dan. 9,24—27)

— Según esta célebre profecía, el objeto de la venida del Mesías es la *remisión de los pecados y el reinado eterno de la*

justicia. En setenta semanas, todas las profecías debían cumplirse.

— Se trata de semanas de años, según la manera ordinaria de calcular de los judíos: las setenta semanas hacen un todo de cuatrocientos noventa años.

— El profeta indica el *punto en que empiezan* las semanas: es la publicación del decreto para la reconstrucción de Jerusalén. Este edicto fue dado por Artajerjes Longímano, el vigésimo año de su reinado, 454 años antes de Jesucristo.

— El profeta divide las setenta semanas en tres períodos muy desiguales: *siete, sesenta y dos y una: — a)* En el *primero,* que es de siete semanas, o cuarenta y nueve años, los muros de Jerusalén deben ser levantados con grandes dificultades. La historia prueba que así fue en efecto.

b) El *segundo período,* compuesto de sesenta y dos semanas, o cuatrocientos treinta años, debe transcurrir antes que el Cristo sea condenado a muerte. Estos cuatrocientos treinta cuatro años añadidos a los cuarenta y nueve del primer período, terminan el año 29 de la era cristiana, decimoquinto año del reinado de Tiberio, año de la predicación de San Juan Bautista.

c) El *último período* no comprende más que una semana, durante la cual el Mesías debe *confirmar su alianza,* es decir, establecer su ley, ser rechazado por su pueblo y condenado a muerte; las hostias y los sacrificios deben ser abolidos. Un pueblo extranjero debe venir a vengar ese crimen, dispersando a los judíos y destruyendo la ciudad y el templo.

Ahora bien, todo eso ha sucedido: al principio de la septuagésima semana, el año 30 de nuestra era, Jesús comienza su predicación, que dura tres años y tres meses. A la mitad de la misma semana, el año 34, Jesús es condenado a muerte por los judíos, y los sacrificios de la Antigua Alianza son reemplazados por el sacrificio del Calvario. Unos treinta y seis años después de la muerte de Jesucristo, el año 70, el ejército romano y su general Tito reducen a ruinas la ciudad de Jerusalén y su templo. Desde ese día reina la desolación sin fin del pueblo judío, *porque renegó de Cristo.* En Jesucristo, pues, y *sólo en Él,* tuvo cumplimiento, y cum-

plimiento exactísimo, la profecía de Daniel. Luego Jesús es el *Santo de los santos* anunciado por el profeta.

3.º **Profecías de Ageo y de Malaquías.** — De regreso de la cautividad de Babilonia, los ancianos de Israel, que habían visto la magnificencia de Salomón, lloraron al contemplar el nuevo templo construido por Nehemías. Para consolarlos, Ageo les anuncia que el *Deseado de todas las naciones* vendrá al nuevo templo y lo llenará de gloria. (Ag. 2,8)

Malaquías predice que el Mesías, el *Dominador*, el *Ángel de la Alianza*, vendrá a su templo tan pronto como su precursor le haya preparado el camino. (Mal. 3,1)

Ahora bien, Jesús visitó frecuentemente este templo, destruído para siempre treinta y siete años después de su muerte. Este templo no ha recibido, fuera de Jesucristo, la visita de ningún personaje ilustre. — Juan Bautista fue su precursor, y lo presentó al pueblo diciendo: *«He aquí el Cordero de Dios.»* En Jesucristo, pues, y en Él sólo, se han realizado las profecías de Ageo y de Malaquías.

Las profecías de Jacob, de Daniel, de Ageo y de Malaquías son las que han puesto en mayor aprieto a los judíos, que no han reconocido en Jesucristo al *Enviado de Dios*. En su *Talmud* confiesan que todos los tiempos señalados para la venida del Mesías han pasado. Por eso, desesperados de su causa, han pronunciado esta maldición: *¡Malditos sean los que calculen el tiempo del Mesías!* ¡Pobres ciegos!

3.º Profecías concernientes a la vida del Mesías

1.º **Su nacimiento.** — *Isaías* predijo que nacería de una Virgen: *«He aquí que una Virgen concebirá y dará a luz un Hijo, que será llamado* **Emmanuel,** es decir, *Dios con nosotros»*. (Is. 7,14; Mt. 1,23) — Y de la Virgen María nació Jesús, como nos lo dicen San Mateo y San Lucas al principio de sus Evangelios. San Mateo hasta tiene especial cuidado en hacer notar que esto era el cumplimiento de la profecía de Isaías. Esto, indudablemente, es un

milagro; pero, como dijo Gabriel a María, *para Dios no hay imposible.* (Mt. 1,22; Lc. 1,37)

— *Miqueas* anuncia que el Mesías nacerá en Belén, y esta predicción es tan conocida del pueblo judío, que los Doctores de la Ley, preguntados por Herodes, designan a los Magos la ciudad de Belén como lugar de su nacimiento. Y en Belén, precisamente, nació Jesús.

— *Balaam* había dicho: «*Una estrella saldrá de Jacob, un renuevo se levantará de Israel...*» *(Núm..* 24,17). El recuerdo de esta profecía es el que mueve a los Magos de Oriente y los lleva a Jerusalén. Y los Magos, conducidos por una estrella milagrosa, vinieron a adorar a Jesús en su pesebre.

2.º **Caracteres del Mesías.** — Isaías nos los describe así: «*Un* **niño** *nos ha nacido, un hijo nos ha sido dado; llevará sobre sus hombros la señal de su principado; será llamado el* **Admirable,** *el* **Consejero,** *el* ***Dios fuerte,*** *el* **Padre del siglo futuro,** *el* **Príncipe de la Paz.** *Su imperio se extenderá cada vez más, y la paz que establecerá no tendrá término. Ocupará el trono de David... y su reinado durará para siempre.*» (Is. 9,6—7)

Por otra parte, el arcángel Gabriel anuncia en estos términos el nacimiento de Jesucristo: «*No temas, María, concebirás y darás a luz un Hijo y le llamarás Jesús.* **Él será grande** *y será llamado el* **Hijo del Altísimo,** *y Dios le dará el trono de David, su padre, y reinará en la casa de Jacob, por siempre, y su reino no tendrá fin*» (Lc. 1,30—33)

La comparación de estos dos textos muestra claramente que el niño Jesús de que habla Gabriel es el mismo Mesías de que hablaba Isaías. *Sólo* Jesucristo posee los caracteres predichos por el profeta. Él es el *niño* que nos ha sido dado por Dios; Él lleva sobre sus hombros la *cruz,* cetro de su imperio; Él es el *Admirable* en su nacimiento y en su vida; el *Dios fuerte* en sus milagros; el *Consejero* lleno de sabiduría en su doctrina; el *Padre del siglo futuro* por la vida sobrenatural que nos da; el *Príncipe de la Paz* que Él trae al mundo, y su reinado, la Iglesia, durará siempre.

3.º **Milagros del Mesías.—** Según la profecía de Isaías, el Cristo debía confirmar su doctrina con milagros: «**Dios mismo vendrá** *y os salvará. Entonces los ojos de los ciegos serán abiertos, los sordos oirán, el cojo saltará como un ciervo, y la lengua de los mudos será desatada*» Y tales fueron los milagros de Jesucristo. (Is. 35,4—6; 42)

4.º **La Pasión de Cristo.—** Todos los pormenores de la Pasión habían sido anunciados con mucha anticipación: basta indicar las principales profecías.

— *Zacarías* predice la entrada triunfal del Mesías en Jerusalén, y los *treinta dineros* entregados al traidor (Zac. 9,9; 11,13)

— *David,* en el salmo 21, describe la pasión del Mesías, y le presenta oprimido de ultrajes, rodeado de un populacho que le insulta; tan deshecho por los golpes recibidos, que se le pueden contar los huesos todos; ve sus manos y sus pies traspasados, sus vestiduras repartidas, su túnica sorteada, etc.

— *Isaías* muestra al Mesías *cubierto de oprobios, convertido en el varón de dolores, llevado al suplicio como un cordero sin exhalar una queja...* El profeta tiene cuidado de afirmar hasta *doce veces* que el Cristo sufre por expiar los pecados de los hombres. Él es nuestro rescate, nuestra víctima, nuestro Redentor. El capítulo 53 de Isaías, como el salmo 21, no pueden aplicarse más que a nuestro Señor Jesucristo; luego Él es el Redentor prometido.

5.º **La resurrección del Mesías** es anunciada por *David* e *Isaías: «Vos no permitiréis, Señor, que vuestro Santo esté sujeto a corrupción».* (Sal. 15,10) *«El renuevo de Jesé,* el Hijo de David, *será dado como un signo a todos los pueblos. Las naciones le invocarán, y su sepulcro será glorioso»* (Is. 11,10)

6.º Isaías, Jeremías y Daniel profetizan la *reprobación del pueblo judío* y la *conversión de los gentiles* destinados a formar el reino del Mesías.

Todos estos oráculos eran conservados, explicados y enseñados por los antiguos doctores de la sinagoga, como indicadores de los caracteres del futuro Mesías. Es así que todos ellos con-

vienen perfectamente a Jesucristo y forman un retrato tan parecido de toda su vida que es imposible no reconocerlo en él; luego Jesucristo es el verdadero Mesías descrito por los profetas.

CONCLUSIÓN.— Dios, en el Antiguo Testamento, hablando sucesivamente por los patriarcas y profetas, desde Adán hasta Malaquías, prometió al mundo un Mesías, un Redentor. Este Mesías es siempre anunciado como el **Enviado de Dios,** investido de todos los poderes de Dios, y *Dios mismo.* Es así que todo lo que acabamos de decir prueba que este *Mesías prometido* no puede ser otro sino *Jesucristo,* porque en Jesucristo, *y sólo Él,* se han realizado las notas características del Mesías. Luego Jesucristo es realmente el Mesías y, por consiguiente, el *Enviado de Dios,* investido de todos los poderes de Dios y Dios mismo.

Por eso todos los Padres y Doctores de la Iglesia han presentado la realización de las profecías en Jesucristo como una prueba decisiva de su misión divina.

Después de haber recordado las principales profecías que San Justino citaba al judío Trifón. Monseñor Freppel termina de esta manera:

«Contra los judíos esta argumentación es abrumadora; y no es *menos decisiva contra los racionalistas.»*

«Es imposible negarlo: Israel esperaba un Mesías, *Rey, Pontífice, Profeta;* sus libros sagrados marcaban con antelación todos los rasgos de este Libertador prometido. — Por otra parte, es cierto que *sólo* Jesús de Nazaret ha realizado el tipo mesiánico descrito en el Antiguo Testamento.»

«Querer explicar este hecho por una coincidencia completamente casual, es imitar a aquellos que atribuyen a la casualidad la formación del mundo.— ¿Se dirá que Jesucristo se ha aplicado las predicciones de la Escritura? — Pero no dependía del poder de un hombre elegir el lugar de su nacimiento, nacer en Belén más bien que en Roma, nacer de la raza de Abrahán, de la familia de David; — aparecer en el tiempo señalado por Jacob, Daniel,

Ageo; — hacer milagros; —resucitar después de muerto; — ser glorificado como Dios todopoderoso y eterno, y eso porque había sido predicho... Sólo Dios ha podido disponer la marcha de los acontecimientos para llegar a este gran resultado, y su realización basta para demostrar la divinidad del cristianismo» (1).

Vamos a terminar esta cuestión con una página magnífica del P. LACORDAIRE. Después de haber recordado las principales profecías mesíanica, exclama: «Ahora, señores, ¿qué pensáis? Aquí tenéis dos hechos paralelos y correspondientes, ambos ciertos, ambos de una proporción colosal: el uno, que duró dos mil años antes de Jesucristo; el otro, que dura desde hace veinte siglos después de Jesucristo; el uno que anuncia una revolución considerable e imposible de prever; el otro que es su cumplimiento; ambos teniendo a Jesucristo por principio, por término, por lazo de unión.»

«Una vez más, ¿qué pensáis de esto?. ¿Optáis por negar? Pero ¿qué es lo que negáis? ¿Será la *existencia de la idea mesiánica?* Pero ella está en el pueblo judío que vive todavía, en toda la serie de los monumentos de su historia, en las tradiciones universales del género humano, en las confesiones más explícitas de la más profunda incredulidad.»

«¿Será la *anterioridad de los pormenores proféticos?* Pero el pueblo judío, que crucificó a Jesucristo, y que tiene un interés nacional y secular en arrebatarle la prueba de su divinidad, os afirma que sus *Escrituras* eran antes lo que son hoy; y, para mayor seguridad, 250 años antes de Jesucristo, bajo Tolomeo Filadelfo, rey de Egipto, y por su orden, todo el Antiguo Testamento, traducido al griego, cayó en poder del mundo griego, del mundo romano, de todo el mundo civilizado.»

«¿Os dirigiréis al otro polo de la cuestión y negaréis el *cumplimiento* de la idea mesiánica? Pero la Iglesia católica, hija de esta, está a nuestra vista: ella os ha bautizado.»

(1) Extracto de MONS. FREPPEL, *San Justino.*

«¿Será en la unión de estos *dos* formidables acontecimientos donde buscaréis vuestro punto de apoyo? ¿Negaréis que *Jesucristo* haya verificado en su persona la idea mesiánica, que Él sea judío de la tribu de Judá, de la familia de David, y el fundador de la Iglesia católica, sobre la doble ruina de la sinagoga y de la idolatría? Pero ambas partes interesadas y enemigas irreconciliables convienen en todo esto. El *judío* dice: sí, y el *cristiano* dice: sí.»

«¿Diréis que este encuentro de acontecimientos prodigiosos en el punto preciso de Jesucristo es efecto de la casualidad? Pero la casualidad, si existe, no es más que un accidente breve y fortuito, su definición excluye la idea de serie; no hay casualidad de dos mil años.»

«Señores, cuando Dios obra, no hay nada que hacer contra Él; Jesucristo se nos muestra el *móvil de lo pasado*, así como el *móvil de lo futuro*, el alma de los tiempos anteriores a Él, y a la vez, el alma de los tiempos posteriores a Él.»

«Se nos muestra *en sus antepasados*, apoyado en el pueblo judío, que es el monumento social y religioso más grande de los tiempos antiguos, y *en su posteridad* apoyado en la Iglesia católica, que es la obra social y religiosa más grande de los tiempos nuevos.»

«Se nos muestra teniendo en su mano izquierda el *Antiguo Testamento*, el libro más grande de los tiempos que le han precedido, y en la mano derecha el *Evangelio*, el libro más grande de los tiempos que le han seguido. Y, sin embargo, así precedido y seguido, Él es todavía mayor que sus ascendientes y que su posteridad, que los patriarcas y que los profetas, que los apóstoles y que los mártires. Llevado por todo lo que hay de más ilustre después y antes que Él, su *fisonomía personal* se destaca todavía sobre ese fondo sublime, y nos revela al Dios que no tiene modelo y que no tiene igual» (1).

(1) Conferencia 41 (1846).

II. Milagros de Jesucristo

119. P. ***Los milagros de Jesucristo ¿prueban la divinidad de la religión cristiana?***

R. Sí; los milagros de Jesucristo prueban la divinidad de la religión cristiana.

Un solo milagro prueba la divinidad de una religión, porque *únicamente Dios* puede hacer verdaderos milagros, por sí mismo o por sus *enviados.* Es así que Jesucristo hizo numerosos milagros; luego Jesucristo es **Dios** o, por lo menos, el **Enviado de Dios.**

Pero una religión fundada por un enviado de Dios es verdadera y divina; luego la religión cristiana es divina.

El poder de hacer milagros es la credencial que Dios entrega a sus embajadores para acreditarlos ante los hombres.

N. B.— Nuestro Señor Jesucristo no es solamente un *Enviado de Dios,* como Moisés; es el *Hijo de Dios* mismo; lo demostraremos más adelante. Pero para probar la divinidad de la religión cristiana, basta demostrar que Jesucristo es el **Enviado de Dios**; si esto es cierto, la religión que Él enseña necesariamente es divina.

1.° **Sólo Dios puede hacer milagros.**— El milagro es un hecho sensible que supera todas las fuerzas creadas y no se opera sino por una intervención especial de Dios. Un *verdadero milagro* requiere la intervención del poder divino. Desde el momento que un hombre hace milagros, se sigue que este hombre obra y habla en *nombre de Dios,* que le ha delegado su poder. Dios no puede poner su poder al servicio del error o de la mentira, pues engañaría a los hombre, lo que no es posible. Un solo milagro prueba, por consiguiente, que el que lo hace es el *Enviado de Dios,* el mandatario de Dios.—

2.° **Jesucristo hizo numerosos milagros.**— *Milagros sobre la naturaleza inanimada.*— Jesucristo convierte el agua en vino

en las bodas de Caná; — dos veces multiplica el pan para alimentar a las muchedumbres; — con una palabra calma las tempestades, etc.

— *Milagros sobre las enfermedades.*— Jesucristo sana toda clase de enfermos; devuelve la vista a los ciegos, el oído a los sordos, la palabra a los mudos, el uso de los miembros a los paralíticos, etc.

— *Milagros sobre los demonios.* — Al oír la palabra de Jesucristo, los demonios salen del cuerpo de los poseídos y proclaman que Él es el Hijo de Dios.

— *Milagros sobre la muerte.* — Jesucristo resucita a la hija de Jairo, al hijo de la viuda de Naim y a Lázaro, muerto de cuatro días.

— **Los milagros de Jesucristo están perfectamente comprobados.**— 1.º Los Evangelios los narran, y hemos visto que los Evangelios son libros históricos de una autoridad incontestable.

2.º Jesucristo hizo sus milagros en presencia de gran número de personas, en lugares públicos, en las plazas de las grandes ciudades, a la vista de los judíos prevenidos en su contra, a la vista de los *Escribas* y de los *Fariseos,* sus enemigos encarnizados, hombres hábiles e interesados en descubrir una impostura. — Los hizo instantáneamente, sin preparación alguna, sin valerse de medios naturales, son con una simple palabra, por un acto de su voluntad, a veces hasta sobre ausentes.

3.º Los judíos, testigos de estos prodigios, jamás los pusieron en duda. Estaban confundidos, y en su obstinación decían: «*¿Qué haremos? Este hombre hace muchos milagros; si le dejamos hacer, arrastrará a todo el pueblo en pos de sí*» (Jn. 11,47—48)

En su *Talmud,* o colección de las tradiciones judías, los rabinos confiesan los milagros de Jesús de Nazaret, atribuyéndolos a la magia. Luego los milagros de Jesucristo son ciertos, puesto que están reconocidos por sus propios enemigos.

— **Los prodigios obrados por Jesucristo son verdaderos milagros.**— Ellos no provienen ni del demonio ni de las fuerzas de la naturaleza.

a) No pueden ser atribuidos al demonio: si el demonio hubiese obrado esos milagros, hubiera trabajado en la ruina de su imperio. Por lo demás, el demonio, obedeciendo al Salvador, reconocía que Jesucristo era su Señor.

Además, la mayor parte de los milagros de Jesucristo superan a los poderes de los espíritus malos y demandan una potencia infinita. Así, por ejemplo, la *resurrección de los muertos* no puede ser obrada sino por la potencia divina.

Ni ángel ni demonio pueden substraer las almas a la recompensa o al castigo que ellas reciben de Dios al dejar este mundo, ni volverlas nuevamente al estado de prueba, ni restablecer entre el alma y el cuerpo las relaciones íntimas que constituyen la vida. La resurrección requiere una potencia igual a la creación.

Aparte de esto, Dios no da al demonio el poder de cambiar las leyes de la naturaleza, ni la facultad de engañar a los hombres haciendo *obras divinas.*

b) Tampoco pueden ser atribuidos los prodigios de Jesucristo *a las fuerzas de la naturaleza.* La mayor parte de estos milagros superan todas las fuerzas creadas. Después de 2.000 años, y no obstante los progresos de las ciencias y los descubrimientos de los sabios, no se han podido explicar estos milagros por causas naturales.

Hoy, como antes, la voz del hombre es impotente para calmar las tempestades, multiplicar el pan, dar vista a los ciegos de nacimiento y resucitar a los muertos. Tales prodigios están y estarán siempre por encima de las fuerzas de la naturaleza. Reunid todos los recursos de la medicina, todas las combinaciones *químicas y magnéticas* de las ciencias, y jamás llegaréis a resucitar a un muerto.

Durante veinte siglos, los milagros de Jesucristo han resistido victoriosamente a la crítica más minuciosa de los cristianos, de los judíos y de los paganos. Las tentativas de los racionalistas modernos para explicar estos prodigios son tan ridículas y tan miserables, que lo único que consiguen es demostrar su impotencia y su mala fe.

3.º **Jesucristo hizo sus milagros para probar su divina misión y la verdad de su doctrina.**— Interrogado por los discípulos de San Juan Bautista, que deseaban saber si Él era el Mesías, Jesús da por única respuesta la evidencia de sus milagros: «*Id y decid a Juan lo que habéis visto: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan.*» (Lc. 7, 22)

Otra vez los judíos le dijeron: «*Si eres el Cristo, dilo claramente.*»— Y Jesús les contestó: «*Os lo he dicho y no creéis; las obras que Yo hago en nombre de mi Padre, dan testimonio de mí. Si no me creéis a mí, creed a mis obras*» (Jn. 10,24,25 y 38)

Cuando la resurrección de Lázaro, Jesús afirma que Él obra ese milagro a fin de que el pueblo crea en su misión divina: «*Ut credant quia tu me misisti*» (Jn. 11, 42)

En todas estas circunstancias, Jesús se declara *Enviado de Dios*, y, para probarlo, apela a los *milagros* que obra.

CONCLUSIÓN.— 1.º El milagro es la firma de Dios, y *sólo* la religión cristiana lleva esa firma. Su fundador, Jesucristo, ha hecho no un milagro solo, lo que sería suficiente, sino una multitud de milagros. De cada uno de ello podemos concluir: *La religión cristiana es divina.*

Jesús devolvió la vista al ciego de Jericó; luego la religión cristiana es divina.

Jesús libró al poseído de Cafarnaum; luego la religión cristiana es divina.

Jesús resucitó a Lázaro de Betania, muerto de cuatro días; luego la religión cristiana es divina.

Estos hechos y otros son incontestables; estos hechos son verdaderos milagros; estos milagros prueban que Jesús es el *Enviado de Dios;* luego la religión cristiana es divina.

2.º Los apóstoles de Jesucristo, encargados de predicar la religión cristiana, hicieron numerosos milagros. Entre los narrados por el libro de los *Hechos de los Apóstoles,* citemos en particular la curación del cojo, en la puerta del templo (cap.III), — la del paralítico (cap. IX), —las curaciones obradas por la sola